

SER PORTADORES DE ESPERANZA

Nota: Los textos que van en color son responsabilidad del editor.

**"...Esperó contra toda esperanza"
(Rm 4,18)**

1. Peregrinos o errantes

Angustia ante el futuro

Este cambio de siglo y de milenio nos pone ante la cuestión del tiempo. También ante la cuestión del rumbo. La mirada se volvió hacia el camino recorrido y se planteó a la vez el interrogante por el modo y dirección del que se extiende por delante. El hoy se sostiene en el ayer y anticipa el mañana. La imagen del futuro es capaz de movilizar las energías del presente. Sin embargo para muchos se ha angostado el horizonte, la visión del futuro, y ha surgido la angustia.

Un cambio de época

¿Por qué los invito a reflexionar sobre la esperanza? ¿No habrá otras cuestiones más actuales, más inmediatas, más relevantes para la tarea educativa que nos toca encarar? ¿No estamos en un momento crucial para nuestra ciudad, nuestro país y nuestra Iglesia, un momento de proyectos y definiciones en el *kairós* del inicio del nuevo siglo, que exige ponerse a pensar cuestiones concretas y urgentísimas? O aún evitando la tentación del inmediatismo, ¿no deberíamos centrar nuestra mirada en las problemáticas esenciales que hacen a una definición sustantiva, no meramente formal, del hombre que queremos formar a través de nuestra tarea educativa? Muchos pensadores consideran al tiempo que vivimos como un auténtico momento de cambio epocal. En algún sentido, también es el clima que subyace a la celebración cristiana del Jubileo. ¿No será en este momento –semejante indagación– una huída espiritualista, un discurso vacío, una versión religiosa de la dinámica del avestruz?

Fe, esperanza y caridad nos trascienden y nos hacen trascender

Estas prevenciones tienen su parte de razón. Con mayor frecuencia de la que quisiéramos, los cristianos hemos transformado las virtudes teologales en un

pretexto para quedarnos cómodamente instalados en una pobre caricatura de trascendencia, desentendiéndonos de la dura tarea de construir el mundo donde vivimos y donde se juega nuestra salvación. Es que la fe, la esperanza y la caridad constituyen, por definición, actitudes fundamentales que operan un salto, un éxtasis del hombre hacia Dios. Nos trascienden, en verdad. Nos hacen trascender y trascendernos. Y en su referencia a Dios, presentan una pureza, un resplandor de verdad tal que puede encandilarnos. Ese deslumbramiento de lo contemplado puede hacernos olvidar que esas mismas virtudes se apoyan en todo un basamento de realidades humanas, porque es humano el sujeto que así encuentra su camino hacia lo divino. Encandilados, podemos quedar distraídos sin plan ni orientación hasta golpearnos la cabeza, teniendo que reconocer nuestra realidad de tierra que anda, como decía el poeta.

El sentido de la esperanza

Y allí, en ese volver a ponernos en camino sin despegar los pies de la tierra para no perder el rumbo hacia el cielo, es donde la esperanza revela su verdadero sentido. Porque si bien su objeto es Dios, lo es en relación con el itinerario del hombre hacia Él. Y, por tanto, esta virtud recorre con nosotros todo el camino, desde la cuna hacia la tumba y la gloria, desde el pozo del sinsentido y del pecado, pasando por el encuentro gozoso en la oración que todo lo hace brillar, hasta el abrazo definitivo en la ternura del que nos funda.

Queremos reflexionar entonces, sobre la esperanza. Pero no sobre una esperanza "light", desvitalizada, separada del drama de la existencia humana. Interrogaremos a la esperanza a partir de los problemas más hondos que nos aquejan y que constituyen nuestra lucha cotidiana, en nuestra tarea educativa, en nuestra convivencia y en nuestra misma interioridad. Le pediremos que nos ayude a reconocer lúcidamente los desafíos que se nos plantean a la hora de afrontar la responsabilidad por la educación de las jóvenes generaciones, a vivir con mayor intensidad todas las dimensiones de nuestra existencia. Deseamos solicitarle que aporte sentido y sustancia a nuestros compromisos y emprendimientos, aun a aquellos que llevamos con mayor dificultad, casi como una cruz.

Futuro regido por la esperanza

Porque, por otro lado, ¿qué otra cosa que la esperanza es la sustancia misma del empeño de todo educador? ¿Qué sentido tendría consagrar las propias fuerzas a algo cuyos resultados no se ven inmediatamente, si todos esos esfuerzos no estuvieran enhebrados por el hilo invisible pero solidísimo de la esperanza? Ofrecer unos conocimientos, proponer unos valores, despertar unas posibilidades y compartir la propia fe, son tareas que solo pueden tener un motivo: la confianza en que esas semillas se desarrollarán y producirán fruto a su tiempo y a su manera. Educar es apostar y aportar al presente y al futuro. Y el futuro es regido por la esperanza.

Mirar la realidad de un modo esperanzado

Una reflexión sobre la esperanza con tales pretensiones nos lleva, sin duda, a transitar rutas difíciles. Entraña encrucijadas en las cuales es necesario echar mano a la sabiduría acumulada que representan las ciencias humanas y la teología. Y puede adquirir una dureza nada consoladora al obligarnos a

enfrentar los límites de la realidad concreta, del mundo y la nuestra propia. Por eso, lo que aquí se ofrece es, más que nada, una invitación a mirar esa realidad de un modo cristiano, es decir, de un modo esperanzado. Si en las comunidades educativas despierta un deseo de revisar el estilo de nuestra marcha o de profundizar nuestra forma de mirar el paisaje que transitamos, habrá cumplido parte de su objetivo.

2. La crisis como desafío a la esperanza

Tiempo de crisis

No cabe duda de que, desde algún tiempo, estamos viviendo un tiempo de profundos cambios. Se suele decir, un **tiempo de crisis**. Este es casi un lugar común. Crisis de la educación, crisis económica, crisis ecológica, crisis moral. Por momentos, las noticias de último momento resaltan alguna iniciativa exitosa o exhiben novedosos diagnósticos de la situación, pero pronto la atención vuelve a esa especie de malestar general que adquiere distintos rostros o pretextos. Algunos apuntan a un nivel más filosófico y hablan de la "crisis del hombre" o la "crisis de la civilización".

Una crisis global

¿En qué consiste dicha crisis? Tratemos de describirla, paso a paso. En primer lugar, se trata de una **crisis global**, complexiva. No estamos hablando de asuntos que competen a ámbitos definidos y parciales de la realidad. Si así fuera, bastarían las recetas simplistas que circulan habitualmente entre nosotros: "aquí el problema es la educación", "la culpa de todo la tiene la impunidad del delito", "si se acaba la corrupción, se arregla todo". Es evidente que la educación, la seguridad y la ética pública son demandas urgentes y legítimas de la sociedad.

Cómo entender la realidad y a nosotros mismos

Pero no se trata solo de eso. Si la educación no termina de articularse con la realidad social y económica del país, si la corrupción parece un cáncer que todo lo invade, es porque la raíz de la crisis es más amplia, más profunda. La economía no es ajena a la política, ni esa a la ética social. La escuela es parte de un todo mucho mayor, y la droga y la violencia tienen que ver con complicados procesos económicos, sociales y culturales. Todos los aspectos de la realidad, y la relación entre ellos son los que conforman la crisis.

Decir que la crisis es global, entonces, es dirigir la mirada hacia las grandes vigencias culturales, las creencias más arraigadas, los criterios a través de los cuales la gente opina que algo es bueno o malo, deseable o descartable. Lo que está en crisis es toda una forma de entender la realidad y de entendernos a nosotros mismos.

Una crisis histórica

En segundo lugar, **la crisis es histórica**. No es la "crisis del hombre" como un ser abstracto o universal: es una particular inflexión del devenir de la civilización occidental, que arrastra consigo al planeta entero. Es verdad que en toda época hay cosas que funcionan mal, cambios que realizar, decisiones que tomar. Pero aquí hablamos de algo más. Nunca como en esta época, en los

últimos cuatrocientos años, se han visto tan radicalmente sacudidas las certezas fundamentales que hacen a la vida de los seres humanos. Con gran potencia destructiva se muestran las tendencias negativas. Pensemos solamente en el deterioro del medio ambiente, en los desequilibrios sociales, en la terrible capacidad de las armas. Tampoco han sido nunca tan poderosos los medios de información, comunicación y transporte, con lo que esto tiene de negativo (la por momentos compulsiva uniformación cultural, de la mano de la expansión del consumismo), pero sobre todo de positivo: la posibilidad de contar con medios poderosos para el debate, el encuentro y el diálogo, junto a la búsqueda de soluciones.

Dimensiones del desafío ante el que nos encontramos

Lo que cambia, entonces, no es solo la economía, las comunicaciones o la relación de fuerzas entre los factores mundiales de poder, sino el modo en que la humanidad lleva adelante su existencia en el mundo. Y esto afecta tanto a la política como a la vida cotidiana, a los hábitos de alimentación como a la religión, a las expectativas colectivas como a la familia y el sexo, a la relación entre las diversas generaciones como a la experiencia del espacio y el tiempo.

Para ayudar a visualizar las verdaderas dimensiones del desafío ante el cual nos encontramos, haremos un rápido repaso a algunas cuestiones que habitualmente se presentan como marcando el paso del cambio de siglo, señalando de paso su incidencia en nuestra tarea educativa y sin olvidar las caracterizaciones aportadas en los anteriores mensajes a los colegas:

Avances tecnológicos y nuevas formas de producción

1. *Los avances tecnológicos (informática, robótica, nuevos materiales...) han modificado profundamente las formas de producción.* Hoy no se considera tan importante la mano de obra como la inversión en tecnología, comunicaciones y desarrollo del conocimiento (de las nuevas técnicas, de las nuevas formas de trabajo, de la relación entre producción y consumo). Esto trae obviamente, importantes cambios sociales y culturales. Y entraña un importante desafío para los educadores.

Mundialización de la economía

2. *La economía se ha mundializado.* El capital no reconoce fronteras: se produce por segmentos, en distintos lugares del mundo, y se vende en un mercado también mundializado. Todo esto tiene también serias consecuencias en el mercado laboral y en el imaginario social.

Profundización de los desequilibrios internacionales y sociales

3. *Los desequilibrios internacionales y sociales tienden a profundizarse:* los ricos son cada vez más ricos y los pobres, cada vez más pobres; y esto de un modo cada vez más acelerado. Continentes enteros son excluidos del mercado, y grandes sectores de la población (incluso de los países desarrollados) quedan fuera del circuito de bienes materiales y simbólicos de la sociedad.

Crecimiento del desempleo

4. En todo el mundo crece el *desempleo*, no ya como problema coyuntural sino más bien estructural. La economía actual no contempla la posibilidad de

que todos tengan un trabajo digno. Sectores enteros de trabajadores, en la misma dinámica, se proletarianizan. Entre otros, los de la educación.

Problema ecológico

5. *Se agrava el problema ecológico.* El medio ambiente se deteriora rápidamente, se agotan los recursos energéticos tradicionales, el actual modelo de desarrollo se revela incompatible con la preservación del ecosistema.

Caen los totalitarismos y resurgen los nacionalismos

6. *Caen los totalitarismos* y se da en todo el mundo una ola de *democratización* que no parece ser coyuntural. Junto con ello, asistimos a un fuerte proceso de *desmilitarización*, con el fin de la Guerra Fría y el desarme nuclear y con la caída de los regímenes militares en distintos lugares del mundo. Pero al mismo tiempo, resurgen los *nacionalismos* y la *xenofobia*, dando lugar a graves hechos de violencia social y racial e incluso a cruentas guerras civiles e interétnicas. Y sabemos por experiencia que los problemas escolares debidos a cuestiones de discriminación étnica, nacional o social no son solo patrimonio de otras latitudes.

Crisis de participación y de representación

7. Los grandes partidos políticos pierden vigencia y representatividad o perciben un debilitamiento de las mismas. Se da en las sociedades una fuerte *crisis de participación* (la gente se desinteresa de la política) y de *representación* (aparecen muchos que no se sienten representados por las estructuras tradicionales). Surgen, en consecuencia, *nuevos actores y formas de participación social*, ligadas a reivindicaciones más parciales: medio ambiente, problemas vecinales, cuestiones étnicas o culturales, derechos humanos, derechos de las minorías...

Revolución informática y multimediática

8. Los avances tecnológicos producen una verdadera *revolución informática y multimediática*. Esto trae importantísimas consecuencias no solo económicas y comerciales, sino también culturales. Ya no hace falta moverse del hogar para estar en contacto con todo el mundo, en "tiempo real". La "realidad virtual" abre nuevas puertas para la creatividad y la educación, y también cuestiona las formas tradicionales de comunicación con serias implicancias antropológicas. A los educadores se les plantea la encrucijada de tratar de estar al día con los pobres recursos con que muchas veces cuentan o aceptar resignadamente que los avances no son para todos. Muchos niños podrán aprovechar las ventajas de Internet, pero muchos otros seguirán sin tener acceso al conocimiento (e incluso al reconocimiento como ciudadanos iguales, más allá de la formalidad del DNI y el voto).

Transformación del papel de la mujer

9. Continúa y se profundiza el *proceso de transformación del papel social, familiar y laboral de la mujer*. Su nuevo modo de inserción trae consigo grandes cambios en la *estructura de la sociedad* y de la *vida familiar*.

Revolución biotecnológica

10. La ciencia y la técnica abren las puertas de la *revolución biotecnológica y la manipulación genética*: En poco tiempo más se podrá modificar la

reproducción humana, casi a pedido de los individuos o de las necesidades de las sociedades, profundizando la actual práctica de modelar el cuerpo y la personalidad por medios técnicos.

Nuevas fuerzas de la religión

11. Lejos de desaparecer, la *religión* adquiere nuevas fuerzas en el mundo actual. Aunque además, vuelven a cobrar vigencia prácticas mágicas que parecían superadas; se popularizan concepciones de tipo místico antes circunscriptas a culturas tradicionales. Al mismo tiempo, se radicalizan algunas posturas fundamentalistas, tanto en el Islam como en el cristianismo y el judaísmo.

Discernir las actitudes ante estos desafíos

Cada uno de estos puntos podría ser objeto de un extenso tratamiento, y seguramente aparecerían más desafíos para los cuales no tenemos respuestas definidas y ni siquiera una somera opinión formada. No hace falta insistir en las consecuencias que estas profundas mutaciones tienen en los individuos, las comunidades y las organizaciones. ¿Cómo nos paramos, como comunidad cristiana, como comunidad educativa, ante conflictos tan enormes y espinosos como los que acabamos de puntear? Nuestra reflexión sobre la esperanza nos llevará ahora a tratar de abrirnos paso por entre medio de caminos equívocos: **un discernimiento de las diversas actitudes que pueden darse entre nosotros ante estos desafíos.**

3. Abriéndonos camino hacia la esperanza

Actitud ingenuamente optimista

En primer lugar, hay quienes desarrollan una actitud **ingenuamente optimista** ante los cambios. Suponen que la humanidad siempre avanza hacia adelante (todo lo nuevo es siempre mejor), y se apoyan en diversos "datos" para certificar su optimismo: las posibilidades que ofrece la revolución informática, las predicciones de los "gurúes" del primer mundo, las nuevas formas de organización empresarial, el fin de los conflictos ideológicos...

Consideran que los grandes desequilibrios sociales e internacionales serán exitosamente superados profundizando el rumbo actual. La tecnología resolverá, sin duda, los problemas del hambre y la enfermedad. La crisis ecológica será controlable aplicando nuevas recetas técnicas. La escuela es, así, el lugar donde todos estos avances se ofrecen a las nuevas generaciones, que sin duda sabrán aprovecharlos para bien de todos. Casi estamos escuchando a los ilustrados de siglos pasados.

Se cierran los ojos a los aspectos negativos

¿Qué decir ante esta postura? Por un lado, su creencia básica carece de todo fundamento serio: nada nos garantiza que haya un progreso ascendente en la historia humana. Puede haber, sí, mejoras diversas en distintos campos. Pero, de hecho, muchos datos, como la crisis ecológica y la recientemente atenuada (¿para siempre?) posibilidad de un holocausto nuclear, nos llenan de alarma, más que de confianza. Las experiencias terribles de este siglo, además, nos aleccionan acerca de la enorme capacidad de irracionalidad y autodestrucción

que posee la especie humana. La civilización ha resultado ser bastante bárbara.

Sorprende la admirable capacidad de esta postura, para cerrar los ojos a los aspectos negativos (que no son pocos, como hemos visto) del progreso científico-tecnológico o a los serios límites que exhiben las diversas formas de organización política y social; a la vez que exhibe una confianza plena en fuerzas impersonales e indeterminadas, como el mercado, adjudicándole capacidad para procurar el bien de todos.

Pose de autosuficiencia

Se combina con la pose **autosuficiente**, sea de un individuo, un grupo o un estado. No espera más que en sí. Impone las reglas del juego. Incapaz de percibir la propia llaga y pecado, no sabe cómo auxiliar la indigencia ajena. Es un desfigurar la actitud de serena confianza del que conoce sus talentos y límites, estimando adecuadamente sus posibilidades y las del conjunto del que es parte. Porque el hombre, puede con sus obras olvidar su finitud y mortalidad constitutivas.

Postura cerradamente crítica y pesimista

En el ala opuesta, están quienes adoptan una postura cerradamente crítica, **pesimista** frente a todo proceso de cambio. Ubicándose "afuera" del mismo, denuncian sus aspectos más destructivos, generalizando sus efectos perversos y condenando en bloque todo el movimiento. Son expertos en descubrir conspiraciones, en deducir consecuencias nefastas para la humanidad, en detectar catástrofes. Por analogía con un movimiento espiritual y teológico del siglo II a. C., esta mentalidad suele denominarse "apocalíptica". Se apoya en una creencia básica tan endeble como la de la postura opuesta: los aspectos negativos de las realidades históricas son proyectados imaginativamente hasta su más terrible posibilidad, y esa imagen es tomada como la expresión adecuada del proceso histórico.

Repliegue ante los problemas reales

La fobia al cambio hace que quienes tienden a esta actitud no puedan tolerar la incertidumbre y se replieguen ante los peligros, reales o imaginarios, que todo cambio trae consigo. La escuela como "bunker" que protege de los errores "de afuera" es la expresión caricaturizada de esta tendencia. Pero esa imagen refleja de un modo estremecedor lo que experimentan muchísimos jóvenes al egresar de los establecimientos educativos: una insalvable inadecuación entre lo que les enseñaron y el mundo en el cual les toca vivir.

Parálisis de la inteligencia y de la voluntad

Por supuesto, subyace a esta mentalidad una concepción pesimista de la libertad humana y, en consecuencia, de los procesos históricos, que quedan casi en manos del mal. Y se llega a una parálisis de la inteligencia y la voluntad. Parálisis depresiva y sectaria: no solo se trata de que no hay nada por hacer, sino que no se puede hacer nada para evitar la catástrofe, salvo abroquelarse en el cada vez más pequeño núcleo de los "puros".

Tentación de refugiarse o evadirse

También se sienten desilusionados con Dios, a quien culpan de que las cosas vayan mal. Se muestran impacientes ante la supuesta lentitud del accionar de Dios. Algunos eligen refugiarse tras un muro defensivo, relamiendo su pesar y otros optan por evadirse en gratificaciones ñoñas. Lo mismo ocurre cuando se trata de fracasos personales, que se rodean sin asumirlos ni trascenderlos, pero que van dejando enredados.

Los que se lavan las manos ante la dificultad

Todavía podemos encontrar otra actitud igualmente estéril: la de aquellos que se dan cuenta de la dificultad de la toda acción concreta y entonces "se lavan las manos". Curiosamente, comparten el diagnóstico de los pesimistas en lo que hace a la realidad social e histórica, pero le quitan la carga de resentimiento ético: si no se puede mejorar la situación de la humanidad en su conjunto, hagamos lo que se puede hacer. Ese "lo que se puede hacer", por lo general, tiene que ver con actuar en la línea de los acontecimientos y tendencias dominantes sin analizarlas críticamente o intentar reorientarlas éticamente.

Peligro de hipocresía o de cinismo

Esta actitud suele caracterizarse como **pragmática**, porque separa la praxis individual o histórica de toda consideración ética y espiritual. Necesariamente, tiene que ignorar los inocultables reclamos de justicia, humanidad o responsabilidad social histórica. Su pesimismo es tan fuerte como el de la postura anteriormente descrita, pero no lleva a la parálisis, sino a la hipocresía o al cinismo. También en nuestra realidad educativa, en ocasiones más atenta a cuestiones "de caja" o a la apariencia de "excelencia" que a intentar aportar algo a la construcción de una sociedad más humana.

4. Por la senda del discernimiento

Discernimiento de estas actitudes

Ante estas posturas, la esperanza, que nunca descarta nada de plano, opta por elaborar un cuidadoso discernimiento que rescate el aspecto de verdad que se da en cada una de estas actitudes, pero encuentre el camino hacia una vía más integral y constructiva. Y eso, por sus propios motivos, que más adelante pondremos de manifiesto.

Mejoras aportadas por el proceso actual

En la realidad actual, hay muchos elementos que, bien orientados, pueden mejorar enormemente la vida de los seres humanos sobre la tierra. No cabe duda de que la tecnología ha puesto en nuestras manos instrumentos poderosísimos que pueden ser puestos al servicio del hombre. No podemos negar el avance que significan el proceso de emancipación de la mujer, las comunicaciones, los aportes de la ciencia en lo que hace a la salud y el bienestar de las personas, la ampliación de horizontes que han traído los medios de comunicación social a millones de seres humanos que

anteriormente solo se movían en el mundo reducido de su comunidad local y su trabajo para subsistir.

Peligros del proceso actual

Del mismo modo, no podemos ignorar ingenuamente los peligros que el actual proceso encierra: deshumanización, serios conflictos sociales e internacionales, exclusión y muerte de multitudes... El pesimismo de los apocalípticos no es gratuito: en muchos aspectos, y para muchas personas, el futuro revela un rostro amenazante. Es muy cierto también que resulta difícil que brote una actitud de auténtica esperanza en alguien que no haya padecido la desilusión de lo que deseaba.

Y aún así, en algún punto es necesario "hacer de tripas corazón" y seguir viviendo, aunque no quede mucho espacio para los ideales. "Lo mejor es enemigo de lo bueno", y así es como también el pragmatismo adquiere su parte de verdad.

Discernir: sopesar y quedarse con lo mejor

¿Qué concluimos de todo esto? Que **la esperanza se presenta, en un primer momento, como la capacidad de sopesar todo y quedarse con lo mejor de cada cosa**. De **discernir**. Pero ese discernimiento no es ciego o improvisado: se realiza sobre la base de una serie de presupuestos y en orden a unas orientaciones, de carácter ético y espiritual. Implica preguntarse qué es lo bueno, qué es lo que deseamos, hacia dónde queremos ir. Incluye un recurso a los *valores*, que se apoyan en una *cosmovisión*. En definitiva, la esperanza se anuda fuertemente con la fe. Así la esperanza ve más lejos, abre a nuevos horizontes, invita a otras honduras.

Legitimar y concretar la esperanza

La esperanza sostiene sin ser vista muchas de las esperas humanas, que son a plazo fijo. La esperanza necesita legitimarse con mediaciones eficaces que la acrediten; son encarnaciones que ya introducen y concretan –aunque no agotan– los valores más altos. Aunque también hay esperas vanas, que no son conducentes a una humanización plena, porque desconocen o atrofian su condición de ser pensante (y lo reducen al orden de la sensación o de la materia), niegan su condición personal que se realiza en el amar y ser amado, y cercenan su abertura al Absoluto (desdeñando su capacidad de adoración y su ejercicio orante).

Criterios de prioridad

Por eso, podríamos enunciar aquellos criterios que nos permitan discernir mejor, superando el divorcio entre el hacer y el creer. A la vez que impedirá dejarnos seducir por los ídolos siempre redivivos. Démosle prioridad: al amor sobre la razón, pero nunca de espaldas a la verdad; al ser sobre el tener; a la acción humana integral sobre la praxis transformadora que privilegia solo la eficacia; a la actitud servicial sobre el hacer gratificante; a la vocación última sobre las motivaciones penúltimas.

5. Las raíces de la esperanza

El fundamento de la esperanza

Si la historia no es, como se creía en los tiempos de plena vigencia de los ideales de la Modernidad, un progresivo y lineal avance hacia un hipotético reino de la libertad, una marcha triunfal de la razón, sino que se nos presenta, a quienes vivimos estos difíciles tiempos de desencanto, posmodernidad y cambio de siglo, como el escenario donde transcurre el ambiguo drama humano, drama sin libreto y sin garantía de éxito, ¿cuál puede ser el fundamento de la esperanza? Y no ya de una esperanza "fuerte", sino incluso de la motivación para sostener un compromiso inmediato, cara a cara, pero con frutos diferidos en el tiempo.

Se trata de una cuestión ya tematizada por filósofos y teólogos: la consistencia del futuro como dimensión antropológica y, en la perspectiva de la fe cristiana, la relación entre escatología e historia, entre la espera del Reino y la construcción de la ciudad temporal. Por supuesto que no entraremos aquí a analizar estas cuestiones, argumentando y exponiendo los fundamentos bíblicos, históricos y teóricos que llevan a sostener determinadas afirmaciones que son, a esta altura, patrimonio de toda la Iglesia. Simplemente, presentaremos de un modo sencillo algunos temas de nuestra fe que justifican y vivifican nuestra esperanza.

Jesucristo inaugura el Reino de Dios

Para los cristianos, la creencia que fundamenta su postura ante la realidad se apoya en el testimonio del Nuevo Testamento, que nos habla de Jesucristo, Dios hecho hombre, que con su resurrección inaugura ya entre nosotros el Reino de Dios. Un Reino no puramente espiritual o interior, sino integral y escatológico. Capaz de dar sentido a toda la historia humana y a todo compromiso en esa historia. Y no "desde afuera", desde un mero imperativo ético o religioso, sino "desde adentro", porque ese Reino ya está presente, transformando y orientando la misma historia hacia su cumplimiento pleno en justicia, paz y comunión de los hombres entre sí y con Dios, en un mundo futuro transfigurado.

Adelantar la venida del Reino

En tiempos recientes, existió entre muchos cristianos la sensación de que esa presencia del Reino podía generar, mediando el compromiso histórico, un anticipo real, concreto, de ese mundo nuevo. Una sociedad mejor, más justa y humana, que venía a ser una especie de primer esbozo o preludio de lo que esperamos para el fin de los tiempos. Es más, se creía que la acción de los cristianos podía verdaderamente "adelantar" la venida del Reino, dado que el Señor había dejado en nuestras manos la posibilidad de completar su tarea.

De lo deseable a lo posible

Pero las cosas no salieron como se esperaba. Claramente en nuestro país, pero no solo aquí, los intentos de humanizar la economía, de construir una comunidad más justa y fraterna, de ampliar los espacios de libertad, bienestar y creatividad, fueron agotándose y doblegándose ante la arrolladora dinámica de

concentración del capital que caracteriza estas últimas décadas. Al intento de concretar la utopía lo siguió la resignación de aceptar los condicionamientos internos y externos. A la afirmación de lo deseable la suplantó la reducción a lo posible. Las promesas no se cumplían. Es más: revelaban haber sido solo una ilusión... Pensemos si el actual desinterés de las generaciones más jóvenes por la política, o por otros proyectos colectivos, tenga que ver con esta experiencia de frustración.

La idea del Reino, ¿tiene algo todavía que decirnos?

Pero, ¿será que el desencanto posmoderno, presente no solo en la política sino también en la cultura, el arte y la vida cotidiana, arrastra consigo todo atisbo de esperanza fundada en la espera del Reino? ¿O, por el contrario, la idea del Reino que comienza entre nosotros, núcleo de la predicación y acción de Jesús, y experiencia íntima pero no intimista entre los creyentes luego de su resurrección, tiene todavía algo que decirnos en estos tiempos? ¿Existe, más allá de aquellas identificaciones tal vez demasiado lineales, alguna relación entre el mensaje teológico del Reino y la historia concreta en la cual estamos inmersos y de la cual somos responsables los hombres?

La parábola de la semilla: la semilla produce su fruto

Siempre nos ha resultado sumamente inspiradora la parábola de la semilla que crece por sí misma (Mc 4,26-29). Pero cada vez se nos hace más difícil (por experiencia y por honestidad intelectual) entenderla desde la idea de "desarrollo". Jesús no estaría hablando aquí de que la historia vaya "madurando" en el tiempo, por la acción oculta del Reino, hasta llegar a su plenitud. Simplemente, porque la idea de un "crecimiento orgánico" le era extraña al hombre antiguo. Entre la semilla y el fruto no se veía continuidad, sino contraste: un hecho casi milagroso. La parábola de Jesús intentaba mostrar el Reino como una realidad oculta a los ojos humanos, pero que producirá su fruto por la acción de Dios, independientemente de lo que haga el sembrador.

Individualismo y esteticismo posmodernos

¿Significa esto aceptar una disociación entre el esfuerzo humano y la acción divina? ¿Justifica una postura de escepticismo o pragmatismo? De algún modo, es lo que le pasa a tanta gente en la actualidad. El individualismo y el esteticismo posmodernos, cuando no el pragmatismo y cierto cinismo contemporáneos, son resultado de la caída de las certezas históricas, de la pérdida de sentido de la acción humana como constructora de algo objetiva y concretamente mejor. También en el caso de algunos cristianos, puede expresarse en un mero "vivir el momento" (aunque sea el "momento" de la experiencia espiritual) esperando pasivamente que el Reino "caiga" del cielo.

Continuidad y discontinuidad

Pero la esperanza cristiana no tiene nada que ver con eso. En todo caso, debemos reconocer que no hay una continuidad lineal entre historia y consumación del Reino, en el sentido de un avance o ascenso ininterrumpido. Así como la consumación individual (el encuentro con Dios y definitiva transfiguración personal en la resurrección) pasa en la inmensa mayoría de los casos por un terrible momento de "discontinuidad", de fracaso y de destrucción (la muerte), no hay por qué rechazar que eso mismo pueda suceder con la

historia en su conjunto. He aquí la verdad de la mentalidad apocalíptica: este mundo pasa, no hay plenitud sin alguna forma, aunque no podamos predeterminar cuál, de destrucción o pérdida. Pero tampoco sin continuidad alguna: ¡seré yo mismo el que resucite! ¡Será la misma humanidad, la misma creación, la misma historia la que será transfigurada en la plenitud de los tiempos! Continuidad y discontinuidad. Una realidad misteriosa de presencia–ausencia, del "ya" cumplimiento de las promesas pero "todavía no" de un modo pleno. Un Reino que efectivamente "está cerca", en todo momento, en todo lugar, incluso en la peor de las situaciones humanas. Y que algún día dejará de estar oculto para manifestarse plena y patentemente.

6. La esperanza y la historia

¿Qué certezas nos quedan, entonces? ¿Qué elementos nos ofrece la fe para fundamentar la esperanza?

Esta historia es el lugar de la existencia cristiana

En primer lugar, que *esta historia*, y no una pretendida "dimensión espiritual", es el lugar de la existencia cristiana. El lugar de la respuesta a Cristo, el lugar de la realización de nuestra vocación. Es aquí donde el Señor resucitado nos sale al encuentro a través de signos que hay que reconocer en la fe y responder en el amor. El Señor viene, está viniendo, de múltiples maneras perceptibles con los ojos de fe: en los signos sacramentales y en la vida de la comunidad cristiana, pero también en toda manifestación humana donde se realiza la comunión, se promueve la libertad, se perfecciona la creación de Dios. Pero también viene en el reverso de la historia: en el pobre, el enfermo, el marginado (cf. Mt 25,31-45; y el Documento de Puebla, 31-39). Está viniendo de todos esos modos, y el significado de la consumación definitiva no puede disociarse de todas estas venidas.

La vitalidad de la memoria: despertar energías enterradas

Y es aquí donde adquiere sentido otra dimensión de la esperanza: la *vitalidad de la memoria*. La Iglesia vive de la memoria del Resucitado. Es más: apoya su camino histórico en la certeza de que el Resucitado es el Crucificado: el Señor que viene es el mismo que pronunció las Bienaventuranzas, que partió el pan con la multitud, que curó a los enfermos, que perdonó a los pecadores, que se sentó a la mesa con los publicanos.

Hacer memoria de Jesús de Nazaret en la fe del Cristo Señor nos habilita para "hacer lo que él hizo", en memoria suya. Y aquí se incorpora toda la dimensión de la memoria, porque la historia de Jesús se empalma con la historia de los hombres y los pueblos en sus búsquedas imperfectas de un Banquete fraterno, de un amor perdurable. La esperanza cristiana, de ese modo, despierta y potencia las energías quizás enterradas de nuestro pasado, personal o colectivo, el recuerdo agradecido de los momentos de gozo y felicidad, la pasión quizás olvidada por la verdad y la justicia, los chispazos de plenitud que el amor ha producido en nuestro camino. Y también, por qué no, la memoria de la Cruz, del fracaso, del dolor, esta vez para transfigurarla exorcizando los demonios de la amargura y el resentimiento y abriendo la posibilidad de un sentido más hondo.

Esta historia tiene un sentido y un término

Pero además, la tensión hacia esa consumación nos dice que esta historia *tiene un sentido y un término*. La acción de Dios que comenzó con una Creación en cuya cima está la creatura que podía responderle como imagen y semejanza suya, con la cual él podía entablar una relación de amor, y que alcanzó su punto maduro con la Encarnación del Hijo, tiene que culminar en una plena realización de esa comunión de un modo universal. Todo lo creado debe ingresar en esa comunión definitiva con Dios, iniciada en Cristo resucitado. Es decir: debe haber un término como perfección, como acabamiento positivo de la obra amorosa de Dios. Un término que no es resultado inmediato o directo de la acción humana, sino que es una acción salvadora de Dios, el broche final de la obra de arte que él mismo inició y en la cual quiso asociarnos como colaboradores libres.

Nuestra historia no es tiempo perdido

Y si esto es así, la fe en la *Parusía* o consumación escatológica se torna fundamento de la esperanza y cimiento del *compromiso cristiano en el mundo*. La historia, nuestra historia, no es tiempo perdido. Todo lo que vaya en la línea del Reino, de la verdad, la libertad, la justicia y la fraternidad, será recuperado y plenificado. Y esto cuenta no solo para el amor con que se hicieron las cosas, como si la obra no importara. Los cristianos hemos hecho, muchas veces, demasiado hincapié en las "buenas intenciones" o en la rectitud de intención. La obra de nuestras manos –y no solo la de nuestro corazón– vale por sí misma; y en la medida en que se oriente en la línea del Reino, del plan de Dios, será perdurable de un modo que no podríamos imaginar. En cambio, lo que se oponga a ese Reino, además de tener los días contados, será definitivamente descartado. No será parte de la Nueva Creación.

Esperanza cristiana, dinámica que nos hace libres

La esperanza cristiana no es, entonces, un "consuelo espiritual", una distracción de las tareas serias que requieren nuestra atención. Es una dinámica que nos hace libres de todo determinismo y de todo obstáculo para construir un mundo de libertad, para liberar a esta historia de las cadenas de egoísmo, inercia e injusticia en las cuales tiende a caer con tanta facilidad.

7. Invitaciones

Posibilidades para la tarea educativa

Quedan por decir algunas palabras finales. Este trayecto que hemos hecho, desde el desencanto del cambio de siglo hasta la fe en la Venida del Reino y de ahí a la recuperación de la esperanza y el compromiso concreto, abre nuevas posibilidades para la tarea educativa que se nos ha encomendado y que hemos abrazado con amor. Quisiera señalar estas invitaciones concretas que la esperanza nos hace:

Cultivar los lazos personales y sociales: amistad y solidaridad.

La invitación a **cultivar los lazos personales y sociales**, revalorizando la amistad y la solidaridad. La escuela sigue siendo el lugar donde las personas pueden ser reconocidas como tales, acogidas y promovidas. Si bien no habrá

que descuidar una válida dimensión de eficiencia y eficacia en la transmisión de conocimientos que permitan a nuestros jóvenes hacerse un lugar en la sociedad, es fundamental que seamos "maestros de humanidad". Y ese puede ser un aporte importantísimo que la educación católica ofrezca a una sociedad que por momentos parece haber renunciado a los elementos que la constituían como comunidad: la solidaridad, el sentido de justicia, el respeto por el otro, en particular por el más débil y pequeño. La competencia despiadada tiene un destacado lugar en nuestra sociedad. Aportemos nosotros el sentido de justicia y la misericordia.

Ser audaces y creativos: diálogo y colaboración

La invitación a ser **audaces y creativos**. Las nuevas realidades exigen nuevas respuestas. Pero antes, exigen un espíritu abierto que realice un discernimiento constructivo, que no se aferre a certezas rancias y se anime a vislumbrar otras formas de plasmar los valores, que no dé la espalda a los desafíos del tiempo presente. He aquí una auténtica prueba para nuestra esperanza. Si está puesta en Dios y su Reino, sabrá liberarse de lastres, miedos y reflejos esclerotizados para atreverse a construir lo nuevo desde el diálogo y la colaboración.

Descubrir la alegría, vivir la gratuidad, celebrar la fiesta

La invitación **a la alegría, a la gratuidad, a la fiesta**. Quizás la peor de las injusticias del tiempo presente es la tiranía del utilitarismo, la dictadura de la adustez, el triunfo de la amargura. Está en la autenticidad de nuestra esperanza el saber descubrir, en la realidad cotidiana, los motivos, grandes o pequeños, para reconocer los dones de Dios, para celebrar la vida, para salir de la cadena del debe y el haber y desplegar el gozo de ser semillas de una nueva creación. Para hacer de nuestras escuelas un lugar de trabajo y estudio, sí, pero también –y, me atrevería a decir, ante todo– un lugar de celebración, encuentro y gratuidad.

Recuperar la adoración y la gratitud

Y por fin, la invitación **a la adoración y a la gratitud**. En el vertiginoso existir de cada día, es posible que nos olvidemos de atender esa sed de comunicación que nos habita en lo más hondo. La escuela puede introducir, guiar y ayudar a sostener el encuentro con el Viviente, enseñando a disfrutar de su presencia, a rastrear sus huellas, a aceptar su "escondimiento". Imperdible tiene que ser el aficionarse a tratar con Él.

Me animo a que tomemos estas palabras de hombres del siglo XVI, para hablarle a Dios en este siglo nuevo, en la continuidad de un mismo amor:

*Muéveme, al fin, tu amor y en tal manera
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

(Anónimo español)

En el tiempo de Cuaresma, del Año Santo Jubilar.

Mons. Jorge M. Bergoglio sj, Arzobispo de Buenos Aires

PROPUESTAS DE TRABAJO

TRABAJO PERSONAL

- 👁️ Leo personalmente y con atención el texto, aplicándolo siempre a la realidad en la que vivo como educador.
 - ✍️ Subrayo las ideas que me resultan sugerentes para la acción educativa.
 - ? Pongo un signo de interrogación en las frases que me cuestionan, que quiero aclarar, que no sé como llevarlas a la práctica...
 - ¡! Elijo tres frases subrayadas y señalo en el margen el número de orden.
 - 🏠 Saco conclusiones y aplicaciones para la tarea como educador y para la acción de la comunidad educativa.
-

ENCUENTRO EN GRUPO

¿Cómo vivimos?

- Compartimos en grupo nuestro trabajo personal.
 - ¿Qué hemos descubierto?
 - ¿A qué conclusiones llegamos?

¿Qué podemos hacer?

- Concretamos líneas de acción.

	¿Qué se puede hacer	¿Cómo?
En el aula	- -	- -
En la comunidad educativa	- -	- -
